



actitud inactiva, y, a fin de cuentas, para dormir. Tales costumbres y hábitos se han ido modificando, aunque no del todo, pero en virtud de una evolución natural los típicos clientes de los viejos cafés han ido muriendo, y, con ellos, el propio café. Y si por azar queda alguno ya con la pátina que los objetos de arte adquieren en los museos, aparece triste y solitario, habiendo perdido su vieja intimidad. No evoquemos los cafés auténticos, como hacen los cronistas municipales, sino los cafés inventados, que son los únicos de que pueden hablar los poetas. No evoquemos Fornos, con la cuarta de Apolo y sus anécdotas reales y sus rostros de colección de *Blanco y Negro* y *Madrid Cómico*. No evoquemos los hombres ilustres que tenían su peña de café, los médicos, los inventores, los toreros, las mundanas, las actrices... No se trata de resucitar una época, sino de penetrar en las puras imágenes de una época. En colocarnos bajo aquella luz un poco lóbrega del café apenas sin luz, lleno de dorados auténticos, sumido el humo en la profundidad de los espejos, ya sin fuerza para reflejar rostros que se detienen un momento y pasan, muchos para no volver nunca más. Aquí, en estos cafés, hemos visto que los espejos trabajan, y se van haciendo viejos, y acaban por ser espejos ciegos, como esos que hay en los muros de las iglesias, en lo alto, que se atrofian por falta de imágenes.

La tarde iba penetrando en el café por los dos únicos ventanales, con la gradación de luz de la batería de un teatro. Y había un momento en los viejos cafés de oscuridad casi absoluta, como invitando a una tregua. Fuera paseaban los transeúntes con su paraguas, y estos ventanales eran pantalla de linterna mágica, en la que se reflejaba la vida física de la ciudad, los tipos de la ciudad, las pieles y los harapos de la ciudad.

Y a todo esto se tenía derecho por el precio ínfimo de un café. Café de las Columnas, Café de la Paloma Azul, Café de las Colonias, Gran Café de Cuba... ¿Han existido en alguna parte estos cafés? Sí, seguramente, con sus divanes rojos, con sus esferas de plata para la servilleta, con sus espejos de copete, con sus pinturas de las cuatro estaciones, con sus mármoles como pizarras de escuela, llenos de sumandos y de totales.

Los españoles, la mitad por lo menos de las cosas que saben, las han aprendido en los cafés. Así España ha tenido una literatura, una política, una metafísica y una sociología de café. Las grandes batallas se han dirimido, también, sobre el mármol de los cafés. Todo esto es más importante de lo que se cree, pues indica que el café representaba una función esencial en la que el café era lo accesorio, el puro pretexto.

El primer golpe serio contra el café le da el «tupinamba». El asesinato alevoso del café le realiza el «bar». Asientos incómodos y consumiciones de pie. Todo rápido y con el tiempo tasado. Pero aún algunos supervivientes quieren mantener el espacio y el tiempo del viejo café. Todavía hay peñas de café. Los hombres que se reúnen a las tres, a las cinco, a las siete, que llegan paso a paso, que rompen una copa al quitarse el abrigo, que piden siempre café, y aún solicitan un poco de café para el agua, y que hablan, hablan, hablan...

El cinematógrafo ha matado este tipo de cafés. Sin duda lo importante para la Humanidad no es trabajar, sino gastar tiempo, perder tiempo, matar tiempo... Son muy bellos los cafetales, con sus pequeños arbolitos, con sus frutos rojizos que parecen farolillos preparados para una verbena. Estos bellos frutos ignoran que hubo un tiempo con divanes rojos, espejos dorados y mecheros de gas, y que a todo esto se llamaba café.